

En un estilo que sería risible de no ser ominoso, los volantes esparcidos ante el local de Probursa ofrecen una pista apócrifa: atribuyen el estallido a un "Comando Revolucionario Mexicano General Emiliano Zapata", y proclaman la "liberación nacional por el socialismo o muerte". En el reverso, sin embargo, se enseña la oreja: "Obreros por un México libre", se lee en un lapsus, pues salvo que se tratar de anarquistas, los presuntos revolucionarios, socialistas y zapatistas por añadidura, pondrían el acento en la justicia, la igualdad y aun la democracia antes que en la reiterada invocación a la libertad.

Horas antes, en Ciudad Juárez, otro pavoroso atentado había puesto temor en ánimos sacudidos desde hace un mes por el doble, y aún impune, homicidio de

Francisco Xavier Ovando y Román Gil. En la ciudad fronteriza, en las primeras horas del sábado 23 un bárbaro crimen arrebató la vida a una periodista y a dos personas más. Ella era esposa del antiguo jefe de prensa —que resultó ilesa— de Francisco Barrio, caudillo del panismo en el antiguo Paso del Norte. Aunque los presuntos homicidas, agentes policiacos, están detenidos y se ha dicho que el asesinato nació del error de creer narcotraficantes a las víctimas, la confusión generada en torno al crimen parecía indicar también alcances mayores que la mera privación de la vida a tres infortunados seres humanos. El que se trate de gente de prensa con nexos en la oposición, y en un lugar tan visible para la opinión pública extranjera como Ciudad Juárez, daba al múltiple homicidio varias lecturas po-

sibles, una de las cuales era la de provocar desestabilización.

Algo semejante, por la apariencia de vulgar incidente policiaco que sin embargo no se aclara todavía, ocurrió el viernes 15 en esta capital. El camarógrafo Carlos Dueñas, al servicio de cadenas de televisión extranjeras, fue herido gravemente en la cabeza. Si no se trató de un intento de robo o una súbita pendencia callejera, pudo haber sido también un lance para provocar irritaciones en un sector especialmente sensible, como es el de los correspondentes extranjeros en México.

Iniciaron este carrusel de la muerte y el miedo los asesinatos de Ovando y Gil. La versión del jefe de la Policía Judicial del DF, difundida en vísperas de las elecciones, pareció más destinada a calmar de inmediato los ánimos que a descubrir

a los homicidas. Dos de los presuntos asesinos, según la apresurada conjectura de Obrador Capellini, los hermanos Reyes Servín, salieron al paso de la especie para proclamar su inocencia. No es forzoso creerles, pero quizás hubieran guardado silencio si tuvieran verdadera relación con ese crimen.

Ahora, cuando se rememora que el violento verano de 1968 surgió de acontecimientos nimios; y cuando voces oficialistas insisten en prevenir la violencia opositora como si en verdad fuera inminente, el estallido en el corazón de San Angel es un absurdo montaje. Crear condiciones para una represión preventiva, valga la aparente paradoja, no es camino indicado para apurar el amargo poselectoral. De verdad que México no es ya el mismo. Sépalo el provocador.

26 - Julio - 88